

El trofeo.

Al día siguiente de la sorpresa y total derrota del ejército francés en Arroyomolinos, el subteniente Diego Pacheco, autorizado por sus jefes, marchó a Alcuéscar a casa de sus padres, en donde descansó y al otro día se incorporó a su destino.

Llevó como trofeo del combate un magnífico y gran sable de caballería, que entregó a su padre, diciéndole: «Guárdelo y consérvelo como recuerdo, pues es inadecuado por su tamaño y características para ser usado normalmente por mí, pues además de su tamaño, es de caballería y yo soy oficial de infantería».

Este sable, juntamente con otras armas y recuerdos del brigadier Pacheco, se conserva actualmente en la casa solariega de los Hernández-Pacheco, en Alcuéscar.

Es un arma magnífica, grande, fuerte, ligera y manejable sin esfuerzo ni dificultad. Empuñadura elegante y cómoda, de metal dorado, artísticamente labrada y cincelada, como asimismo las abrazaderas y anillas de la vaina. En la hoja tiene fuertemente grabado un letrero que dice: *Vive le roi*.

No es un arma de fabricación en serie, ni de tipo uniforme y corriente.

Indudablemente perteneció a un jefe de categoría. La inscripción grabada no indica sino su antigüedad, de poco más de un decenio anterior a Napoleón y al tormentoso período republicano. Es arma de abolengo. ¿Sería del duque de AreMBERG? ¿Del general Brun? ¿De cual de los muertos o prisioneros en Arroyomolinos?

**POEMAS DE OTOÑO**

Por P. BELLOSO

«Y el cielo está más en la mano».

J. D. Valbono

Casi está ya metido en esta mano
como una alondra que encontró su nido.
Este cielo, otras veces tan lejano,
Otoño me lo trajo enternecido.

Este cielo asomado a mi ventana
tiene ojos de niño pordiosero.
¿Quién de los dos pedía esta mañana
la limosna otoñal? ¿Quién fué el primero?

El sol es amarillo, soñoliento...
La **mano que acaricia cariñosa.**
Una **sonrisa casi sobre el viento.**
Casi **un beso de miel sobre una rosa.**

¿Mi corazón? ¿El tuyo? Son dos granos
para sembrarse en surcos paralelos.
Siémbrote yo que estás sobre mí mano,
siémbrame tú en el surco de tu cielo.

«A la altura del hombro» casi tienes
el **perfil de mi sombra en el sendero.**
Qué **temura en mis manos cuando vienes,**
otoñal **cielo gris, mi compañero!**



«En el otoño el cielo se enriquece de nubes».

J. D. Valbono

¡Qué **montañas!** ¡La **luz** las **tornasola**
y las **dora** y las **siembra** de **violetas!**
¿No parece esa **nube** una **amapola?**
¿Aquella **no es** el **cuerpo** de un **atleta?**

Esos **monstruos** con **alas,** ¿de qué **cuento,**
de qué **historia** infantil se han **escapado?**
Con su **látigo** azul **persigue** el **viento**
a esos **monstruos** que **huyen** asustados.

Mira esas **nubes** blancas: son **pañuelos,**
son **adioses,** son **besos** que nos **tiran,**
padre **Otoño,** tus **hijas** desde el **cielo.**
¡Ay, mis **ojos** con **lágrimas** las **miran!**

¡Mira a **aquéllas** con **mimo** y con **cariño:**
son **tan bellas,** **tan pálidas,** **tan leves!**...
Las **pintó** con su **tiza** un **ángel** niño
en la **tarde** **aburrida** de este **jueves.**

¿Recuerdas los muñecos que con lodo hicimos, cuando niño, en la ribera?
¿No serán esas nubes? ¡Qué manera de seguir nuestros juegos de igual modo!

Cuando te veo así, negro nublado, el temor me hace huir de tu mirada.
¡Llueve!... pero no fuerte: Estoy sembrando, necesito tu lluvia encariñada. ¡do;

Si eres nube de tormenta acaso, huye, vuela, no viertas tus dolores...
¡Mi jardín es tan joven, que a tu paso se troncharán, al fin, todas sus flores!

¡Nublado, llueve... Llueve dulcemente! Que Otoño es dulce, cariñoso, blando...
Mi corazón también, seguramente, te seguirá, al llover, sus penas dando...

Para secar, después, mi llanto en seda, me tenderá una mano su pañuelo.
Resplandeciente, al sol, mi llanto queda hecho nube irisada sobre el cielo.

«Me alegra extraordinariamente el mes de Noviembre».

J. D. Valbono

Noviembre. ¡Qué silencio! ¡Qué tristeza!
¡Qué majestad de reina destronada!
¡Qué leves son las horas! ¡Qué belleza se derrama en la plaza abandonada!

El viento anda de ronda en las esquinas.
Un romance de amor en cada reja.
Sus silbidos, a veces golondrinas,
o lamentos de un alma que se queja...

Esa niebla... esa niebla es como el muro que acota el prado donde están las flores.
El pueblo amurallado es más seguro y dormirán mejor sus ruiñesores,

Esa niebla es la yedra trepadora por el tronco del viento solitario.
Como yo, como tú, hora tras hora,
por el tronco de un sueño legendario.

La carne de noviembre es de doncella que, al morir, se quedó como la nieve...
Yo al mirarla pense: la flor más bella
Otoño la cortó... Es tarde y llueve...

La sangre de noviembre es como un río, como un río desnudo, susurrando.
Las horas silenciosas y con frío por el puente del tiempo van pasando.

El alma de noviembre tiene un lento quejido de agonía. Es casi aroma.
Es casi luz que por el monte asoma esperando quebrarse en un lamento.

Es brisa entre cipreses olvidados.
Es música callada, silenciosa.
Son los pasos de otoño perfumados.
Es romántica y triste. Casi rosa...

¿Esa pena?... Ni tú, ni yo sabemos de quién es el latido de esa pena.
¡Al llegar a noviembre comprendemos que en el pecho del hombre es donde suena!



NUESTROS ARTISTAS. - «La Cancilla», por José Antonio Navarro.